

Alrededor de la figura del crítico literario se ha construido toda una leyenda que contiene una cantidad variable de luces y de sombras, dependiendo de quien sea el encargado de contarla

Impresiones críticas

TEXTO: JUAN CARLOS SIERRA / ILUSTRACIÓN: ENCARNI HINOJOSA / CÁDIZ

Para muchos lectores habituales de suplementos y revistas especializadas el crítico encarna una especie de sacerdote de la literatura con potestad para subir a los altares o condenar al infierno de la indiferencia comercial al libro que se le pone a tiro. En este sentido, la palabra del crítico se convierte en una suerte de verdad dogmática en el universo de la teología literaria.

Otra de las ideas preconcebidas que suele manejar el seguidor de las columnas literarias tiene que ver con la honestidad a prueba de presiones endógenas o exógenas que se le supone al crítico. El juez de los libros ha de salvaguardar su independencia y su criterio literario por encima de cualquier otra guía espuria que pueda orientar su trabajo, como el amiguismo o las tentadoras golosinas empresariales.

Además de esto, se da por sentado que la capacidad lectora del crítico, tanto en cantidad como en calidad, se encuentra unos metros por encima de la media de su público.

Sin embargo, la realidad en la mayoría de las ocasiones atenta contra esta visión idealizada del trabajo crítico por muchas razones. En primer lugar, porque los artículos no se escriben al dictado de una deidad infalible que inspira las opiniones de unos simples mortales; en segundo lugar, porque a los amigos y a los jefes siempre se les deben favores -aunque a los primeros se les quiera infinitamente más que a los segundos-; y finalmente, porque existen las limitaciones intelectuales y temporales, así como los *consejos de lectura*, que seleccionan los títulos de los que se va a hablar en el siguiente número de la publicación para la que el crítico trabaja.

Sesudos

A pesar de lo que acabamos de afirmar, hay un elemento que sí parece consustancial al crítico: su análisis casi científico de la materia objeto de su estudio. Uno imagina al crítico diseccionando palabra por palabra o verso a verso el libro que se le ha encargado reseñar. En su lectura atenta, objetiva y sesuda previa al juicio sumárisimo que habrá de concretar en el espacio que le han asignado desde la redacción de su suplemento no caben concesiones a la galería, sino solamente la baza de poner toda la carne de su bagaje lector y de su buen gusto literario en el asador del veredicto.

No obstante, a veces el plato queda poco hecho o demasiado pasado, como sucedió con Negujón, la última novela del escritor peruano-sevillano Fernando Iwasaki. Según el autor de *El libro de mal amor*, ninguna de las críticas que había leído sobre su obra había acertado con el fondo auténtico que oxigenaba a toda la novela: su particular homenaje al Quijote en el año de su cuatrocientos aniversario.

Así pues y llegados a este punto, da la sensación de que, como la mayoría de las verdades aceptadas consuetudinariamente, se nos cae abajo otro mito, se nos hace añicos el espejo en el que el lector pretendía ver reflejadas las esencias de la literatura.

Por lo tanto, habrá que buscar otro confidente y consejero a la hora de elegir los libros que merecen la pena. Y al crítico no le queda más opción que recobrar su credibilidad cumpliendo las antiguas expectativas del público o reinventándose a sí mismo.

Crítica cómplice

Los libros corren de boca en boca, los mejores consejos los suelen dar los amigos que realmente nos quieren y éstos, cuando nos hablan de literatura, dejan a un lado la palabrería y la retórica de las columnas especializadas para ejercer una crítica cómplice construida a base de impresiones reales, útiles y prácticas, que van desde el puro placer hasta la trascendencia de las grandes decisiones vitales.

Desde esta perspectiva crítica próxima al guiño se nos ocurren algunos títulos recientes que nuestros mejores amigos no deberían perderse por múltiples razones que intentaremos explicar.

El primer libro que encabezaría esta lista literaria de la complicidad podría ser *Recuerdos de un estudiante pobre* del escritor francés Jules Vallès, publicado por la editorial extremeña Periférica.

Se trata de la vida como estudiante del propio Jules Vallès, una biografía honesta y dramática marcada por la pobreza y por un padre acoirazado que exige violentamente al joven Vallès los éxitos que a él ya nunca alcanzarán por su edad y por su posición en el mundo.

Lo que más llama la atención del libro, aparte de la crítica ácida contra la intelectualidad y la bohemia parisina de escaparate, es la dignidad y coherencia del Vallès estudiante en mitad de la miseria, su renuncia a elegir el camino más fácil y más fraudulento, el de los *pasadores*, para aprobar el bachillerato y ganarse el dinero que tanta falta le hace. No obstante, lo que hace gran-

de al joven Vallès es la ausencia absoluta de rencor hacia un padre despota y cruel: si se hubiese hecho *pasador* la vida de su progenitor habría caído en el más oscuro de los pozos sociales y económicos.

De Vallès a Auster

Las penurias que pasa Jules Vallès en *Recuerdos de un estudiante pobre* recuerdan a veces a las del protagonista de *Hambre*, la

novela de Knut Hamsun, y a las que Paul Auster relata en su biografía juvenil *A salto de mata. Crónica de un fracaso precoz*. Al fondo de los tres libros se halla la extraña relación entre literatura y pobreza.

Como se puede comprobar, de la misma manera que en las conversaciones entre amigos se salta de un tema a otro gracias al inesperado juego de los intereses comunes, en esta crítica cómplice vamos recorriendo las celdillas que la red de la literatura va tejendo a partir de nuestras impresiones estéticas, de nuestra memoria lectora, de nuestras inquietudes existenciales,...

Y así llegamos a la última novela de Paul Auster, *Viajes por el Scriptorium*, publicada por Anagrama. Agarrados de su pulso narrativo saltamos a Miguel de Unamuno, a su *novela Niebla*, porque el que esté interesado en la condición real de la ficción o viceversa encontrará un punto de arranque en el escritor bilbaíno y un puerto de destino en Auster. Si a Unamuno lo visita sólo uno de sus personajes sin mucho éxito, a Auster-Mr. Blank lo ase-dian, someten e incluso le ajustan cuentas Quinn, Fanshawe, David Zimmer, Peter Stillman -padre e hijo-Sophie,...

todos los personajes que salieron a la vida con diferente suerte en las anteriores novelas que escribió el autor americano.

Hay muchos más libros recientes que merecerían una crítica cómplice -las dos novedades de Felipe Benítez Reyes, *Mercado de espejismos* (Destino) en novela y el poemario *La misa luna* (Visor), *Crisis* de Juan Carlos Abril editada por Pretextos, *Marea humana* (Visor) de Benjamín Prado...- pero como en las conversaciones con los amigos siempre quedan temas pendientes que retomaremos en otra ocasión.



E.H.

El público da por sentada la capacidad lectora del crítico, en calidad y en cantidad